

MARÍA L. LUKAC DE STIER

In memoriam

María Celestina Donadío Maggi de Gandolfi

En agosto del año pasado, una enfermedad cruel se llevó la vida y la pasión de una incansable estudiosa y difusora de un Tomismo actualizado, dialogante con las corrientes filosóficas contemporáneas. Además del Aquinate, tuvo como maestros a los mejores tomistas de la Argentina, pero dos de ellos la marcaron de modo especial, el Dr. Guido Soaje Ramos, quien fuera su profesor de Ética y Filosofía Social, y Mons. Dr. Octavio Nicolás Derisi, quien le confiara antes de morir el cuidado de dos de sus creaturas dilectas: la Sociedad Tomista Argentina y la revista *Sapientia*. Ambas instituciones fueron cuidadas por ella con el celo de una madre. Doy fe que avanzada su enfermedad y cursando una quimioterapia severa, a pesar de la pandemia, hasta cuatro días antes de su muerte se preocupó por asuntos de la sociedad y de la revista, cuando ella ya había dejado de ser la directora de esta última.

Pero Marycel, como todos la conocíamos, brillaba con luz propia, lo que le valió, en más de una oportunidad ciertos roces con algunos de sus maestros. Pero fiel a su amor por la verdad, defendió hasta las últimas consecuencias, con argumentos muy rigurosos, aquellas posiciones que, sabía, podían colocarla en situaciones difíciles para su carrera. Relataré como la conocí y allí se verificará también su innegable lealtad para con sus maestros. Yo ingresé a la Facultad de Filosofía y Letras de la UCA cuando Marycel egresaba, de modo que, al llegar a cuarto año de la carrera, en el plan antiguo, Marycel era la

novel asistente del titular de Ética y de Filosofía Social, el filósofo cordobés, Guido Soaje Ramos. De este modo se convirtió en profesora mía y recuerdo que fue extremadamente exigente, pero generó una ola de empatía muy grande con todo mi curso, porque reconocíamos la excelencia de sus clases, su conocimiento riguroso y su apasionado tomismo. Hacia mitad de año, hubo un problema entre el titular y el rector. El Dr. Soaje Ramos dejó la cátedra. Las autoridades le pidieron a Marycel que se hiciera cargo interinamente, pero ella desechó esa excelente oportunidad y decidió acompañar al titular en su decisión. Ambas cátedras quedaron desiertas y hasta fin de año estuvimos con algunas clases dictadas por profesores ocasionales.

Pero Marycel no se olvidó de nosotros y con mucha generosidad nos pasó apuntes y bibliografía para que pudiéramos rendir los exámenes. Yo seguí tratando a Marycel privadamente. Cuando me gradué, el Dr. Soaje Ramos había creado, junto a otros profesores amigos, el Instituto de Filosofía Práctica, como una institución que dependía del CONICET. Soaje Ramos, el director, por sugerencia de Marycel, me convocó a una entrevista para ofrecerme la presentación a una Beca de Iniciación en ese Consejo de Investigaciones, la institución nacional, por excelencia, dedicada a la investigación. De este modo, le debo a Marycel, de algún modo, mi ingreso a una institución que prontamente se convertiría en mi lugar de trabajo. Si bien yo tenía un gran amor por la docencia en Filosofía, entendía que no podía ser una buena docente si no acompañaba esta tarea con una investigación sistemática. Sobre todo, porque había comprendido que los estudios de grado solo nos proporcionan herramientas para seguir buscando hasta el fin de nuestros días, las esencias

de las cosas, hurgando en la realidad, con admiración, verdades que aún no habíamos develado.

En ese momento todavía no había advertido que la incipiente amistad con Marycel duraría para toda la vida. Ambas teníamos un especial interés por la Filosofía Práctica, temas no tan cultivados por los estudiantes de Filosofía en la UCA. Y de las disciplinas especulativas, la Antropología Filosófica centraba nuestro análisis. En el Instituto teníamos reuniones semanales de estudio de cuestiones actuales del tomismo, si bien cada una tenía su propio tema de investigación. También en el instituto se editaba anualmente una revista prestigiosa, *Ethos*, en la que ambas fuimos publicando los resultados de nuestros proyectos.

Además, en el Instituto de Filosofía Práctica se reunía mensualmente la Comisión Directiva de la Sociedad Tomista Argentina, reactivada el 19 de agosto de 1974, que había sido fundada el 9 de noviembre de 1948. En su fundación como Sociedad Tomista Argentina de Filosofía habían participado el Dr. Tomás Casares, Mons. Dr. Octavio N. Derisi, el Dr. Nimio de Anquín, el Pbro. Dr. Julio Meinvielle, el Dr. Abelardo Rossi, fray Marcolino Páez, O.P y el Dr. Benito Raffo Magnasco. Cuando se reactivó la Comisión Directiva la integraron el Pbro. Dr. Gustavo Eloy Ponferrada, el Dr. Juan Alfredo Casaubon, el Dr. Carlos Alberto Sacheri, el Dr. Guido Soaje Ramos y fray Renaudiere de Paulis, O.P. Tanto Marycel como yo tuvimos el privilegio de trabajar y colaborar con esa comisión y de ese modo fuimos formándonos para ir reemplazando, con los años, a esos ilustres representantes del tomismo argentino. La cuestión era mantener la antorcha ardiendo. Marycel lo cumplió al pie de la letra. Reconozco que yo muchas veces le sugería entregar la posta

y ella, con la energía de otrora me insistía que seguiría adelante porque tenía una misión que cumplir.

Por cierto, su profundo conocimiento de la Ética tomasiana así como de la Filosofía Política surgida de las obras del Aquinate, motivó que Mons. Guillermo Blanco, siendo Rector de la UCA le rogara que volviese a la cátedra de Filosofía Social, donde se mantuvo como Titular hasta cumplir los setenta y dos años y retirarse como Profesora Emérita. Fue una verdadera institución dentro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UCA, donde muchos estudiantes se recibían con esa materia, ya que aprobarla era como una coronación del Plan de Estudios. Su rigurosa seriedad en los temas éticos fue aprovechada en el Instituto de Bioética de la UCA, fundado por el Dr. Obiglio durante el rectorado de fray Domingo P. Basso, O.P. Allí permaneció primero como investigadora y luego como Titular de la Cátedra de Filosofía Moral del Magister en Bioética hasta su jubilación. También ese camino lo recorrimos juntas, ya que en el mismo tiempo yo fui titular de Antropología Filosófica en la misma maestría. En esos años de trabajo codo a codo, pues yo preparaba el terreno con las nociones antropológicas para que luego Marycel pudiera hacer accesible el planteo ético y bioético a profesionales de la salud quienes por primera vez recibían formación filosófica, comprobamos que el realismo de la filosofía tomista era el lenguaje más adecuado para formar la conciencia de profesionales que venían con avidez a resolver problemas que encontraban, día a día, en su práctica hospitalaria o de consultorio. Allí la interdisciplinariedad nos proporcionaba un espacio para el diálogo más fecundo que pudiéramos imaginar. El contacto con el Dr. Obiglio propició también que nos invitara a formar parte, en primer lugar, de la Academia del Plata y

luego del Instituto de Bioética de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. En la prestigiosa Academia del Plata ambas fuimos incorporadas como Miembros de Número. En el Instituto de Bioética además de miembros fundadores, Marycel se constituyó en la Secretaria Académica del mismo Instituto, tarea que cumplió hasta el momento de su muerte. De su destacada actuación en el Instituto surgió la posibilidad de presentarla como postulante a la misma Academia Nacional, que la incorporó como Miembro Correspondiente. Su reputación en el terreno ético le valió también el nombramiento en la Comisión de Ética del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), del que formó parte como investigadora alcanzando para el momento de su jubilación la categoría de Investigadora Principal.

La difusión que la Sociedad Tomista había logrado en nuestro medio, también llegó a los ámbitos académicos del exterior, por vía de nuestras publicaciones y constancia en la organización de las Semanas Tomistas de cada año. Eso produjo un gran impacto en tomistas europeos que destacaban el fenómeno de la Sociedad Tomista Argentina como modelo único en el mundo que precedió a la formación de la S.I.T.A., Sociedad Internacional Santo Tomás de Aquino, fundada oficialmente en noviembre de 1977.¹ En años de bonanza para la Argentina tuvimos la bendición de contar en una Semana Tomista con la participación de Mons. Brunero Gherardini, fr. Abelardo Lobato, O.P. y P. Battista Mondin SX, todos ellos ilustres tomistas que pertenecían a la Academia Pontificia Santo

¹ Para profundizar en detalles de los orígenes, fundación, participantes y secciones véase el artículo de Forment, Eudaldo, “La Sociedad Internacional Tomás de Aquino”, en *Espíritu* XLII (1993)75-94.

Tomás de Aquino del Vaticano. Asombrados de la participación de profesores y alumnos en esa semana, a su vuelta propusieron la incorporación de nuevos socios argentinos a la Academia, nombrando por primera vez mujeres. Las dos argentinas y primeras mujeres en ingresar a la Academia Pontificia de Filosofía y Teología fuimos Marycel a quien designaron como Socia Ordinaria y yo como Socia Correspondiente. Fue un gran honor, no solo en lo personal, sino también como reconocimiento a la Universidad Católica Argentina. La PAST (Pontificia Academia Santo Tomás) organizaba cada año un Congreso temático con expositores previamente invitados. Marycel participó en varias ocasiones como oyente, pero en los últimos cinco años fue invitada a exponer como experta en temas éticos y sociales. Su participación siempre fue muy elogiada por el rigor de sus preguntas y agudeza de sus argumentaciones en los debates. Esto atrajo mucho la atención y amistad de tomistas de todas partes del mundo que con gusto aceptaban la invitación de participar activamente en alguna Semana Tomista o en la Cátedra Derisi, creada con la intención de honrar al fundador de la UCA y recibir cada año la visita de algún prominente tomista que expusiera un tema de su especialidad.

Con referencia a sus publicaciones, más allá de incontables artículos en revistas argentinas y extranjeras, hay que destacar el libro de su tesis doctoral. *Amor y Bien. Los problemas del amor en Santo Tomás de Aquino*², en el que Marycel estudia la naturaleza del amor a la luz metafísica del bien. Examina en las fuentes la esencia del

² Donadío Maggi de Gandolfi, María C., *Amor y Bien. Los problemas del amor en Santo Tomás de Aquino*, Buenos Aires, EDUCA, 1999, 305.

amor humano a la luz del bien como propiedad trascendental del ente. De este modo sostiene que la solución de los problemas del amor ha de lograr la conciliación metafísica del amor y el bien, que supone las respectivas conciliaciones entre naturaleza-espíritu, sensibilidad-intelecto, naturaleza-moralidad y naturaleza-gracia. Luego de un elogioso prólogo de Mons. Blanco, hay una breve introducción y luego, en una primera parte, la autora hace un recorrido histórico en torno al origen y uso de la palabra amor. En la segunda parte la autora se concentra en el bien como objeto del amor, analizando el término, el concepto y la noción de bien. Sigue con la amabilidad o deseabilidad, luego con la finalidad, la perfección y la relación con el *ese*. En esta segunda parte domina el lenguaje metafísico que da los fundamentos para pasar a una tercera parte más antropológico-ética. En esta parte Marycel analiza el amor como la tendencia al bien y establece las relaciones entre bien, apetito y amor. Termina esta tercera parte con la dialéctica del amor desde los amantes, donde agudamente plantea el amor del bien común y el amor de Dios y a Dios. En la cuarta y última parte analiza los problemas del amor, divididos en problemas metafísicos, problemas antropológicos y problemas morales cerrando su estudio con la conciliación entre el amor natural y el amor sobrenatural. Quiero terminar este párrafo con una cita del final del libro: “Dos son los fuegos que avivan el amor, el de la información inicial por el bien que lo embelesa y lo arranca de sí mismo y el último, en que el enamoramiento crepuscular se confunde realmente en el amante para que se haga

realmente lo amado. ¡Bienaventuranza, cuando el amor descansa en el gozo del Bien!”³

Otro libro de su autoría es *Biodiversidad y biotecnología: reflexiones en bioética*⁴, en el que dedica una primera parte al análisis del concepto de naturaleza y las deformaciones que esta noción ha tenido desde sus orígenes hasta la actualidad. Pero merece la pena destacar un tercer libro, que no por breve, es menos importante, editado por la Academia del Plata y cuyo título es *La función de la razón en la ética y en la vida moral*⁵, tema en torno al cual versaron todos los estudios y artículos del último tiempo. La irracionalidad, así como una noción muy pragmática de la racionalidad la llevaron a buscar los argumentos más rigurosos para combatir el relativismo ético de la contemporaneidad. El texto se divide en cinco capítulos: 1-La razón moral es una facultad natural del ser humano; 2-La razón moral es razón práctica; 3-La razón moral es razón normativa; 4-La razón moral alcanza nivel científico y 5-La razón moral natural en su apertura a la razón moral sobrenatural. En estos capítulos Marycel muestra su profundo conocimiento de la filosofía aristotélica y del tomismo, pero también aprovecha sus investigaciones en filosofía analítica la que, a través del *good reasons approach*, busca “dar razones” en el discurso moral. Así destaca las figuras de J.L. Austin, de Stuart Hampshire y Alasdair MacIntyre, filósofos contemporáneos que han

³ Idem, 290.

⁴ Donadío Maggi de Gandolfi, María C., *Biodiversidad y biotecnología: reflexiones en bioética*, Buenos Aires, EDUCA, 2004, 187.

⁵ Donadío Maggi de Gandolfi, María C, *La función de la razón en la ética y en la vida moral*, Academia del Plata, Buenos Aires, 2007, 72.

ofrecido una revalorización de la obra de Aristóteles y de Tomás de Aquino en su preocupación por resolver los conflictos morales. Este entrecruzamiento de la filosofía clásica con la filosofía contemporánea de origen analítico, ofrece una apertura muy interesante para el ámbito académico que busca dialogar con las diversas corrientes siempre en búsqueda de la verdad.

La muerte la encontró trabajando en su último libro, una obra dedicada a la Filosofía Social, materia para la cual tenía muchísimo material, pero que ella deseaba ordenar en un texto que manifestara toda su visión personalísima de una temática poco abordada, en general. Lamentablemente, no contamos con una primera versión, aunque fuera un borrador, para poder hacer una edición póstuma.

Finalmente, no estaría completa la semblanza de Marycel que intenté esbozar en estas pocas líneas, si no nos refiriéramos a su familia. Con mucho orgullo, siempre en su *curriculum* consignaba: madre de seis hijos y abuela de catorce nietos. Siempre fue una madre muy solícita, si bien exigente con lo que cada hijo podía lograr y una abuela muy presente. Como buena defensora del papel de la mujer en la sociedad contemporánea, lograba conciliar sus deberes de esposa, madre y abuela amorosa con una tarea intelectual a la que dedicó toda su vida con la pasión de una adolescente. ¡Seguiremos recordándola con admiración y cariño!